



Lectio Divina

Evangelio del Domingo de Pentecostés | Ciclo B

Por CRISTÓBAL SEVILLA

«El Espíritu Santo nos hace Iglesia»

HCH 2, 1-11 | «*Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar*».

SAL 103 | «*Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra*».

1 COR 12, 3b-7. 12-13 | «*Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo*».

Secuencia | «*Ven, Espíritu divino*».

JN 20, 19-23 | «*Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo; recibid el Espíritu Santo*».

Espíritu Santo, amor del Padre en el Hijo resucitado, espabila mi oído a tu escucha y abre mi entendimiento a tu presencia
Amén.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. En esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». *Palabra del Señor.*



LECTURA

¿Qué dice el texto?

Estas dos lecturas, el salmo y el evangelio nos hablan de un Dios que nos busca para un proyecto de amor escrito en nuestros corazones. El tiempo de Pascua culmina con el envío del Espíritu Santo que viene sobre María y los Apóstoles en el cenáculo (primera lectura), y de esta manera la fiesta judía de Pentecostés se convierte en la fiesta de la nueva alianza de Dios con su pueblo, una alianza no

escrita en piedra sino en los corazones por el Espíritu Santo. La experiencia de Pentecostés en el cenáculo fue una experiencia de amor (el fuego), y de fortaleza y misión (el viento). Y desde este fuego de amor y este viento de misión, los bautizados en Jesús formamos un solo cuerpo espiritual (segunda lectura), y sabemos que Jesús no nos deja solos, sino que nos envía siempre el Espíritu Santo,

fuentes de paz y de alegría, en donde podemos encontrar

el perdón y la gracia (evangelio).

2 MEDITACIÓN

¿Qué me dice Dios en este texto?

El Espíritu es la presencia de Jesús resucitado que se manifiesta en la vida sacramental vivida como fuente de vida, y en el amor que como hermanos estamos llamados a vivir. Es el Espíritu que Jesús había prometido, el Espíritu abogado y defensor («paráclito»), el que nos preserva de falsas doctrinas que tratan de hacer de Jesús uno más, no el Salvador y Señor. Y es que la tentación principal es hacer de esta fe en Cristo una suerte de doctrina teórica e intelectual, no una vida.

¿Cómo hacer que nuestra relación con Cristo, a través de su palabra, sea para nosotros vida? Esta es la labor que tiene que hacer en nosotros el Espíritu de Cristo resucitado. Para ello, tenemos que abrirnos a su presencia y desblo-

quear nuestras mentes y nuestros corazones. Primero, con una vida de oración y sacramental en «espíritu y en verdad». Es decir, buscando con corazón sincero y abriéndonos con humildad a Dios. Vivir el sacramento del Perdón, perdonando y siendo perdonados, y la Eucaristía de esta manera, es hacerlo en «espíritu y en verdad».

Y también, buscando la fraternidad, la paz, el amor que Dios quiere que vivamos. Un amor que siempre se convierte en servicio hacia los más pobres y vulnerables. Este modo de vida abierto al fuego del amor divino desde la oración nos empuja a dar testimonio y a trabajar por un mundo más humano, venciendo todo escrúpulo y complejo, es la parresía, o libertad cristiana (Hch 4, 8).

3 ORACIÓN

¿Qué le quiero decir yo a Dios sobre el texto?

En la oración nos dirigimos al Espíritu Santo, fuego de amor que nos hace sentir su presencia y soplo divino que nos fortalece, y lo hacemos sintiéndonos Iglesia:

«Espíritu Santo, fuego de amor divino, toca nuestros corazones con tu unción para que sintamos el calor de tu presencia. Renueva nuestra mente y nuestro corazón, sana nuestras heridas, abre nuestros bloqueos, tira por tierra nuestros prejuicios, supera nuestros miedos y te-

mores, inspira nuestra oración, y mantenla constante y unánime. Espíritu Santo, soplo divino, alienta a esta Iglesia fundada por Cristo, para que en medio de este mundo seamos vínculo de unidad y fraternidad. Renuévala en la unidad y en la comunión y líbranos de exclusiones y falsos purismos. Suscita generosidad y entrega para que seamos austeros y generosos, a fin de que seamos templo tuyo y cuerpo de Cristo, y así demos al mundo el testimonio de la unidad». *Amén.*

4 CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN

¿Cómo cambia este texto mi mirada acerca de la realidad?

Que la contemplación de este misterio nos haga más hijos de la Iglesia, deseando servir. Y que nuestra respuesta sea mantenernos vivos dentro de nosotros mismos, abriendo nuestro espíritu humano al Espíritu divino,

para no perder nuestra alma, nuestro ánimo. «Allí donde está la Iglesia está también el Espíritu de Dios; y allí donde se encuentra el Espíritu de Dios, allí se encuentra la Iglesia y toda gracia» (san Ireneo de Lyon, s. II). ■